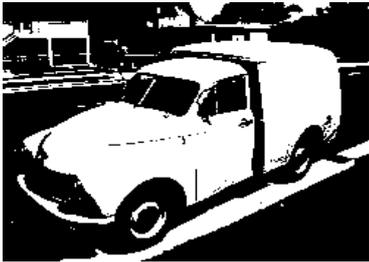


El hombre que atropelló a Roland Barthes

Alberto Bruzos



De acuerdo con breves notas biográficas, Roland Barthes muere –fallece, encuentra la muerte (“met his death”)– prematuramente el 26 de marzo de 1980, a los 65 años, tras haber sido atropellado el 25 de febrero por la furgoneta de una lavandería mientras cruza la parisina Rue des Écoles delante del Collège de France, donde ocupaba la cátedra de semiología literaria desde 1977, “sur proposition de Michel Foucault”.

Siguiendo al propio Roland Barthes, para quien todo es un signo, y así nada se sustrae a la transacción significativa, y cualquier objeto, rasgo o gesto nos rapta y sublima en su sentido, y en suma nada ni nadie escapa a esta ebullición semiológica del espacio espiritual humano, entonces también el hombre que atropella a Roland Barthes es un signo.

En términos técnicos, el referente del signo que atropella a Roland Barthes es opaco. Sabemos que hay una furgoneta, sabemos que hay un atropellamiento, sabemos que hay un conductor y que, por una operación lógica elemental, *él* es el autor del atropellamiento y, sencillamente, el hombre que mata a Roland Barthes, que lleva prematuramente al encuentro de su muerte al catedrático de semiología del Collège de France, egocéntrico y homosexual, superviviente a una tuberculosis en los años treinta y cuarenta y renuente del estructuralismo, del marxismo y de la metodología académica a favor de lo que Nietzsche entiende por *cultura* (según Deleuze, según Barthes: “La culture, pour Nietzsche, c’est la violence subie par la pensée, c’est une formation de la pensée sous l’action des forces sélectives, un dressage qui met en jeu l’inconscient du penseur. La culture donc, fait que les Grecs appelaient la paideia, car les Grecs ne parlaient pas de méthode, ils parlaient de paideia”), y entre otros méritos asesino a su vez del autor y del capricho de la autoría de un texto. Sin embargo, no sabemos si ese lunes Roland Barthes viene precisamente del Collège de France, ni qué viene de hacer, ni si va solo o acompañado, si brilla tímidamente el sol o por el contrario es un día nublado y tal vez lluvioso de febrero en París; ni siquiera sabemos a qué hora es atropellado Roland Barthes mientras intenta llegar de un lado al otro de la Rue des Écoles, ni a qué altura de esta importante arteria del 5^e arrondissement sucede el atropella-

miento. Tampoco sabemos la marca ni el modelo de la furgoneta, ni en qué sentido circula –hacia la Rue du Cardinal Lemoine, a la derecha, o hacia el Boulevard Saint Michel, a la izquierda, según la posición de un peatón que baja confiado del Collège de France en dirección al Sena–, ni mucho menos sabemos, y a eso íbamos, *quién* conducía el vehículo que atropella a Roland Barthes y lo manda al hospital –cuyo nombre sí sabemos: la Salpêtrière– y, vaya, lo mata, sujeto al que las notas biográficas desprecian y eliden, retratando al catedrático de semiología “run over by a laundry van” o todavía más vagamente “percuté par une voiture”.

Es irónico que a quien atropelló a Roland Barthes, el semiólogo, se le conozca hoy apenas como el sujeto gramatical de una operación semiológica. No menos que el hecho de que el propio semiólogo, Roland Barthes, sea hoy un mero signo –una marca– de lo que fue cuando aún respiraba y producía, hasta que una furgoneta presumiblemente cargada de ropa blanca –sábanas y toallas limpias y perfumadas de cualquier hotel, quizá de una residencia universitaria– percutió contra él y lo mandó a la Salpêtrière y más tarde a la tumba, y aún más que la narración de este momento letal en que Roland Barthes fue prematuramente arrancado y borrado de la existencia, sea para nosotros también un signo, una estructura semántica con su lugar (Paris, Rue des Écoles, delante del Collège de France), su tiempo (25 de febrero de 1980), su paciente (Roland Barthes, el semiólogo, el catedrático de semiología literaria del Collège de France), su acción (el atropellamiento), su instrumento (la furgoneta de una lavandería) y su efecto (la hospitalización y, a la larga, la muerte), sin olvidar ese opaco agente (el hombre que atropelló a Roland Barthes) que todo este montaje semiológico parece destinado a ofuscar y a disculpar con un arte simple y perverso.

Bien mirado, el cómo, cuándo y dónde del qué son tópicos casi ineludibles, pero extraña que de entre todas las demás circunstancias haya trascendido precisamente *la furgoneta de una lavandería*, y nada sin embargo acerca de la identidad del desdichado autor del atropellamiento a la larga mortal de Roland Barthes. Mas si todo es un signo, y más en un mundo soterrado por la sedimentación de la palabra, entonces hasta la ausencia es un signo, y el ocultamiento no arroja menos luz sobre lo ocultado que cualquier discurso. Así, la elipsis del conductor del vehículo –y no, sin embargo, del propio vehículo– no deja de ser significativa. Para empezar, de la propia vulgaridad e insignificancia del individuo, pues todo cambiaría si se hubiera tratado de uno de los alumnos del semiólogo, de un obispo, de un travestido, de un menor de edad, de un alcohólico en pleno delirium tremens, de un turista birmano sin permiso de conducir, de un hare krishna o del novelista exiliado Milan Kundera. En tal caso, seguramente habría sido el vehículo el elemento desapercibido y olvidado, ensombrecido por la notoriedad de su usuario. Quien, suponemos, es un varón francés de mediana edad, ramplón y ponderable. Un soltero domiciliado en Paris. Lector ocasional de Alexandre Dumas. Va de vez en cuando al cine, donde bebe coca-cola, aunque prefiere quedarse en casa si llueve. Suda cuando habla por teléfono, sobre todo si es con su amiga (“ma copine”), con la que hace raramente el amor, aún sin preservativo. Tiene un olor, una manera de reír, un acento. Es, en suma, un protagonista inapropiado, un sujeto común, inopinable e inocuamente elidible. Un ente simple, poco novelesco. Prosaico. De ahí que la furgoneta –y no un turismo– *de una lavandería* –y no de una zapatería o un supermercado, con todas las connotaciones, pues, que suscita este negocio dedicado a eliminar esencialmente de la ropa de cama y de baño las indeseables y repugnantes poluciones corporales de seres borrados, ellos también, por su provisionalidad y anonimato– haya sido erigida por la vulgaridad sensacionalista del periodismo y la biografía barata a la notoria categoría de sujeto, protagonista, por un lado, del homicidio biológico del organismo

Roland Barthes y, por otro, del enriquecimiento semiológico del signo Roland Barthes, promovido –“percutido”– del estrellato de la erudición terrenal a una esfera superior, la trivialidad mitológica, cuya narración de los hechos y los actos no es en sí falsa sino, al contrario, fraudulentamente verdadera, perecederamente eterna, aberrantemente natural. Basta citar las propias palabras de Roland Barthes, según quien el mito se expresa en “un langage qui ne veut pas mourir: il arrache aux sens dont il s’alimente une survie insidieuse, dégradée, il provoque en eux un sursis artificiel dans lequel il s’installe à l’aise, il en fait des *cadavres parlants*”, para advertir con intelectual espanto el ritual asesinato biográfico del semiólogo, que inmortaliza, con el peculiar estilo amanerado de la prosa de contraportada, su accidental asesinato biológico.

Alguien tenía que realizar el atropellamiento de Roland Barthes, mas siendo del todo irresponsable. Como la caída de Troya, la demencia de Nietzsche o la génesis de U2, la muerte de Roland Barthes, tal como la refieren las notas biográficas, es un mito, una singularidad tautológica que presenta al catedrático de semiología encaminado hacia su muerte, la cual “encuentra” –de manera sólo en apariencia accidental, sólo figuradamente “prematura”– al sufrir un atropellamiento plenamente transitivo, la identidad de cuyo agente, el hombre *que atropelló a Roland Barthes*, es eclipsada, anulada por la suprema entidad del atropellado, con lo que el desdichado conductor queda asimilado a la estructura mito-simbólica como ciego instrumento del destino. De un modo similar entran en el esquema del mito el lugar y el momento del suceso, que cumplen la función de coordenadas simbólicas, anclando la mitología en lo real, como si la muerte del semiólogo nos fuese netamente comprensible una vez ubicada en un escenario (la transitible Rue des Écoles) y una fecha (el histórico mes de marzo de 1980, durante el cual se prolonga la agonía de un hospitalizado Roland Barthes) cuya realidad y sentido son avalados por cualquier enciclopedia, plano o calendario –así es, a propósito, como los sistemas de signos conspiran en conjunto la ilusoria trama de verosimilitud en que el entendimiento humano rumia su íntimo vacío.

Así es como, en fin, Roland Barthes deviene materia de cotilleo cultural, triturado por la misma ideología subyacente que se esmeró en desvelar, por cierta manera de pensar –o más bien de no pensar, de dispensar de pensar, obteniendo no obstante pensamientos y, lo que es más importante, la plena ilusión del pensamiento–, cierta incurablemente romántica factoría de ideas protésicas, de sabiduría trivial, de “bruit de langage”, que ofrece a su masa de suscriptores un sucedáneo de Roland Barthes –de Pablo Picasso, de Ludwig Wittgenstein– actual, ligero, sin calorías (“light”), envasado y con instrucciones de consumo e ingredientes adjuntos –crítico literario, filósofo, semiólogo, 12 de noviembre de 1915, Cherbourg, temprana muerte paterna (sic), infancia rural (sic), madre encuadernadora (sic), Paris, la Sorbonne, tuberculosis, lingüística estructural, pos-estructuralismo, gay (“erotic encounters with boys in Marocco”), muerte del autor, intertextualidad, *S/Z*, *Mithologies*, moda, Japón, fotografía, seminarios, cátedra del Collège de France, 25 de febrero de 1980, atropellado “by a laundry van” (“laundry businesses use a van to deliver almost their entire business to the clientele they work for. Vans are also used to shuttle people and their luggage between hotels and airports, to transport commuters between parking lots and their places of work, and along established routes as mini-buses, as well as to occasionally run over eminent semioticians”), 26 de marzo de 1980, bibliografía–, apenas, y con todo, el mismo Roland Barthes que, de manera desolada y profética, “réclame de vivre pleinement la contradiction de mon temps, qui peut faire d’un sarcasme la condition de la vérité”.